



La tuberculosis en la época del romanticismo europeo: Un recorrido literario

Claudia Romero Hernández*

Sudoraciones nocturnas, noches febres, manchas delatoras de sangre sobre pañuelos blancos, palidez sepulcral. Estos eran algunos rasgos distintivos que la tuberculosis revistió al siglo XIX durante la época del Romanticismo europeo, donde las mujeres se sometían a rigurosas dietas de vinagre y agua, no dormían para obtener un semblante cadavérico; y el ser pálido, ojeroso, delgado con largas cabelleras negras; ser espectador o lector de *La Dama de las camelias* de Alejandro Dumas hijo o identificarse con Mimi, personaje de *La Bohème* de Giacomo Puccini, expresaban la belleza de la vida colapsada de forma prematura, por la enfermedad de moda: *La Tuberculosis*, bautizada durante esta época como *The white plague* o la Plaga blanca¹. La tuberculosis también conocida como *Consunción*, fue una enfermedad que retomó gran importancia entre los círculos bohemios, donde pintores, músicos, escritores, prostitutas y gamberros se entremezclaban con el alcohol, el sexo, la pobreza, el opio, para reunirse en los lupanares, escenarios de reproducción artística y física de la consunción. Debido a la lasitud que producía esta enfermedad, muchos artistas encontraron en ella un medio de expresión creadora, destacando la literaria, la cual abarcó un campo infinito de ensueños, sufrimientos y sentires eróticos. Entre ellos encontramos al joven poeta John Keats, mejor conocido entre sus colegas como *The little Keats*, el pequeño Keats quien tenía *the death in his hand* (la muerte en sus manos), por la palidez que las encubría. Desde su infancia se encontró imbuido en la pobreza y apenas entrado a la juventud lo abatió la tisis, misma que había puesto punto final a la existencia de su hermano Tom, cuya dolorosa y prematura muerte inspiró a Keats a escribir su famosa oda, *Ode to a nightingale* (Oda a

un ruiseñor), describiendo de forma gloriosa la consumación de la vida a través de la enfermedad².

Me duele el corazón y una soñolienta modorra atenaza mis sentidos, como si hubiera bebido cicuta o vaciado alguna pipa de opio hasta la última brizna (...) desaparecer lejos, desvanecerse y olvidar por completo que tú entre las hojas nunca has sabido la fatiga, la fiebre y el miedo

La tuberculosis de Keats, pudo haber sido su mejor aliada creadora, como bien le dijo su amigo, el también escritor Shelley³:

esa consunción tuya, sólo le da a gente que escribe versos particularmente tan bellos como los tuyos

Keats, muere a los 25 años de edad, no sin antes escribirle una carta a su amada Fanny, su querida niña:

“La noche en que me enfermé –cuando la sangre se agolpó de tal manera en mis pulmones que casi me asfixiaba– te aseguro que creí morir, y en esos momentos sólo pensé en ti”.

Los años de infancia de las escritoras Emily, Anne y Charlotte Brontë transcurrieron en la pobreza extrema, permitiendo que años más tarde describieran, cada una por su lado, los magníficos escenarios melancólicos de sus novelas. Por ejemplo Emily, víctima de la tuberculosis a temprana edad, escribió su única y afamada novela *Cumbres borrascosas* y Charlotte escribió *El valle de la sombra de la muerte*⁴ logrando transmitir al lector el sentir y la vivencia de los enfermos tuberculosos:

los más sabrosos manjares le sabían a ceniza y a aserrín (...). La enferma se consumía como una flor de nieve al derretirse, se marchitaba como las flores sin agua

La tuberculosis además de aflorar los sentimientos de melancolía y muerte, también despertaba grandes deseos por vivir, quizás producidos por las altas fiebres que alteraban los estados de conciencia haciendo más intensa la percepción de la vida, como lo expresaron las poetisas nórdicas

* Antropóloga adscrita a la Subdirección de Investigación Sociomédica, INER.

Trabajo recibido: 09-XII-99; Aceptado: 21-I-2000

Edith y Harriet Löwenhjelm, esta última esperó sola y abandonada la muerte en un frío sanatorio para tuberculosos⁵:

*Estoy cansada hasta la muerte
Más bien, cansada, muy cansada,
Enferma, y triste, y cansada.*

El famoso escritor ruso Antón Chéjov médico de profesión, contrajo la tuberculosis siendo muy joven, sin embargo trató de ocultarla porque significaba una vida llena de agonía, cuyo desenlace fatal se vio retratado en su novela *El monje negro*:

Le empezó a salir sangre por la garganta y a escurrírsela por el pecho. Cayó al suelo y gritó: ¡Tania! (...). Vio en el suelo, junto a su rostro, un gran charco de sangre, y su debilidad ya no le dejó decir nada más...

DH Lawrence, influenciado por las vivencias eróticas de la escritora Katherine Mansfield también muerta por tuberculosis; escribió su más polémica novela erótica *El amante de Lady Chatterley*, considerada por los especialistas como la novela de la tuberculosis⁶.

Constanza estaba flaca y terrosa; su cuello surgía de la blusa, descarnado y amarillo

—¡Pero tú estás enferma, querida! —dijo Hilda, con esa voz dulce, un poco jadeante, que tenían las dos hermanas... (...)

—No estoy enferma. Tal vez me aburra —dijo Constanza...

Lawrence al igual que Chejov, no aceptó su enfermedad por el sufrimiento y la agonía que ésta representaba, sobre todo porque le fue colapsando su actividad sexual, personificada en sus últimas novelas donde exagera la pasión y el deseo sexual, donde el erotismo deja de ser en sus novelas, la expresión del individuo para convertirse en un estado de alma y de vida permanente.

A esta lista de grandes creadores, víctimas por la tuberculosis, recordamos a Franz Kafka, Molier; a músicos como Chopin quien en los *Nocturnos* recreó sus sueños producidos por las intensas fiebres; a Shostakovich, Mozart, entre tantos más⁷.

La tuberculosis también representó un símbolo de contaminación, de ahí la edificación de grandes sanatorios para enfermos tuberculosos a principios del siglo XX, en lugares altos y boscosos alejados de las concurrencias ciudades, como lo describe el premio nobel de literatura Thomas Mann en su célebre novela de posguerra *La montaña mágica*, cuyo protagonista Hans Castorp viaja en una travesía durante días a las bellas montañas de Suiza para encontrarse con su primo enfermo Joachim, hospitalizado en un sanatorio para tuberculosos⁸.

Joachim Ziemssen estaba enfermo (...). Toda su vida había sufrido de catarros y fiebres, y un día tuvo un vómito de sangre, y a toda prisa Joachim había tenido que marcharse a Davos, lleno de contrariedad y de desolación, pues acababa de llegar al término de sus deseos.

O como describe el holandés Thomas Bernhard en su autobiografía *El aliento*, quien a los 18 años cae enfermo por pulmonía y al verse sometido a brutales pulsiones, es internado en el hotel Vötterl de Grossgmain, convertido durante la segunda guerra mundial, en *Casa de Salud para enfermos del aparato respiratorio*, a dónde eran trasladados los casos desesperados y/o con tuberculosis pulmonar abierta⁹:

Probablemente, eso pienso yo, cogí la tuberculosis y mi propia enfermedad pulmonar, (...) allí en el Vötterl de Grossgmain (...) la enfermedad de mi vida (...).

Estas construcciones alejadas del mundo nos hacen recordar las edificaciones de los hospitales en la época medieval para los enfermos mentales, *Las naves de los locos*, y los leprosarios, habitados por seres anónimos, encierrados por estar poseídos por los demonios de la enfermedad¹⁰.

Este recorrido de autores y pasajes literarios son una muestra clara que el estado de enfermedad, cualquiera que ésta sea, puede influir en la vida creadora y artística de los individuos, porque su visión y percepción ante la vida se conforma de manera diferente, por la mezcla de sentires subjetivos que cada uno experimenta. Para ejemplos, basta recordar a Vincent van Gogh, o Francisco de Goya, este último desborda grandilocuencia en sus pinturas donde personifica los grandes aquelarres. Por otro lado, la enfermedad en ciertas ocasiones, deja de ser un estado físico de malestar, por que los individuos le otorgan nuevos significados, es decir se convierten en metáforas; de ser una enfermedad estigmatizante como fue el caso de la tuberculosis, se convirtió en un padecimiento deseado, porque era la forma más bella de morir. Asimismo, las enfermedades han servido de escenarios para recrear novelas cuyas historias se entrelazan con padecimientos, como; *El cisne negro* de Thomas Mann, *La plaga* de Anne Benson o *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska.

REFERENCIAS

1. Dubos R.J. *The white plague: Tuberculosis. Man and society*, Boston: Little Brown, 1953.
2. Keats J. *Poesía completa*, Edición bilingüe, 3^a ed. Barcelona España, Libros Río Nuevo, 1980.
3. Sontang S. *La enfermedad y sus metáforas. El Sida y sus metáforas*. Taurus, 1988.
4. Sandblom P. Enfermedad y creación: Cómo influye la enfermedad en la literatura, la pintura y la música. México Fondo de Cultura Económica, 1995.
5. Op cit. 4.
6. Lawrence DH. *El amante de Lady Chatterley*, 9^a ed. México, Diana, 1964.
7. Pérez TR. *Enfermedades viejas y enfermedades nuevas*. México, Siglo XXI, 1985.
8. Mann T. *La montaña mágica*. 11^a ed. Diana, 1977.
9. Bernhard T. *El aliento*, 2^a ed. Barcelona: Anagrama, Panorama de Narrativas, 1986.
10. De Grote M. *La locura a través de los siglos*, 2^a ed. Barcelona: Brugera, 2da edición 1973.